



HIS  
PA  
VIA



Hércules buscando las Hespérides

Pintura mural en el palacio Güell, inspirada en «L'Atlántida» de Verdaguer

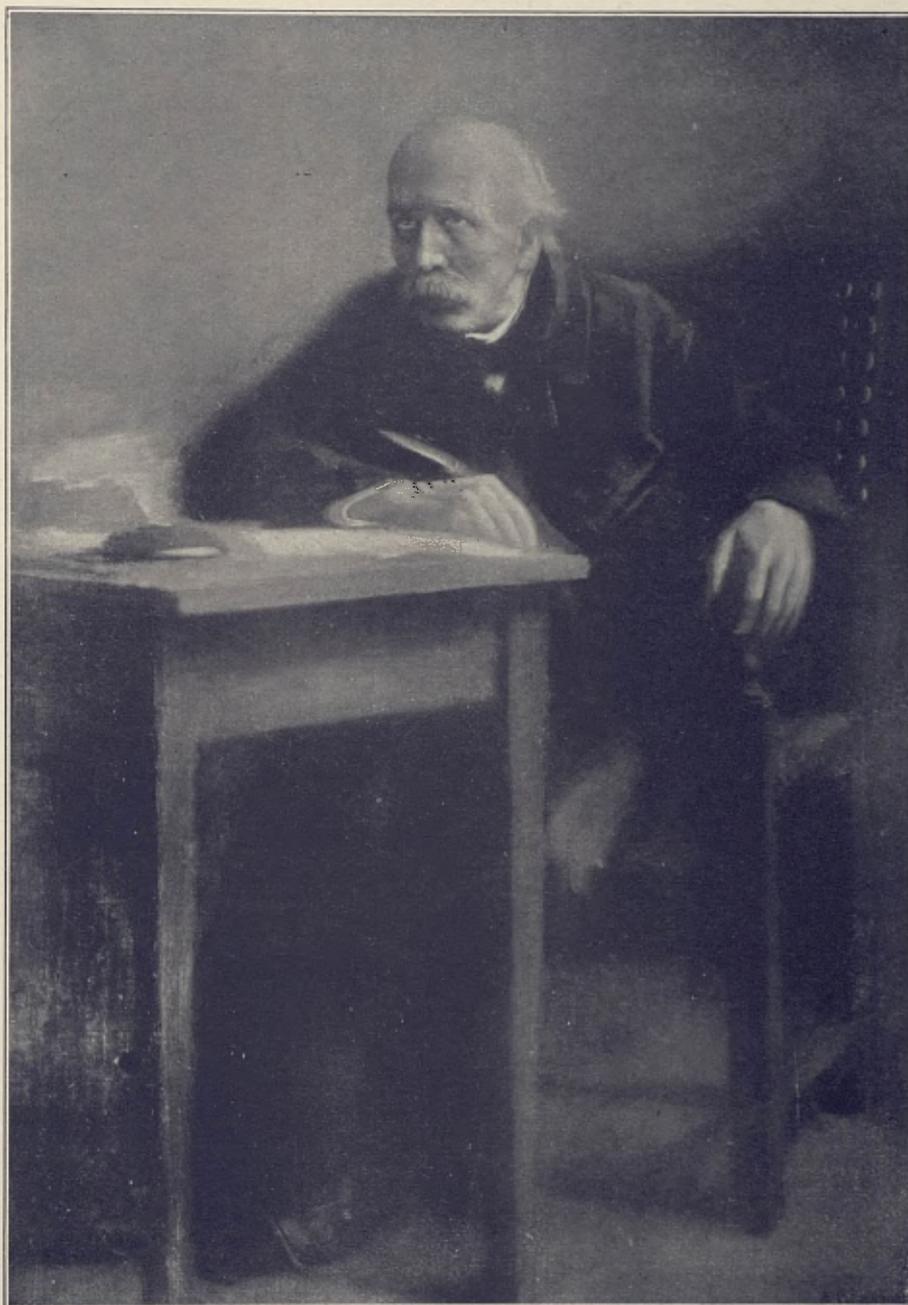
# ALEJO CLAPÉS

La firma de este pintor, prestigiosa como pocas entre los del oficio y no menos entre los inteligentes y aficionados, es, sin embargo, escasamente conocida del común de las gentes. Verdad es que el autor ha prodigado poquísimas obras en exposiciones y salones de venta, que es donde se adquiere celebridad, pues lo particular del caso es que quizá no haya un artista más hecho para aspirar al aura popular, cuando menos por el carácter de su inspiración, sus tendencias y hasta el aspecto de sus obras. Ornamento estas de suntuosas estancias en aristocráticas moradas, no harían, sin duda, inferior papel en democráticos consistorios, palacio de las multitudes, bajo las naves de las catedrales ó en los paranífos universitarios.

Por otra parte, la vida de nuestro artista no ofrece los novelescos episodios que la de otros, ni sus gustos le han llevado á exhibirse ó á buscar el reclamo, que aborrece. De ahí que la historia de su existencia pueda resumirse en pocas líneas; nació en Vilasar, siendo el último vástago de una numerosa prole; pasó, niño aún, á Reus, al lado de un su hermano allí residente; fué discípulo de nuestra Escuela de Bellas Artes; hizo dos viajes al Uruguay, no siendo menester decir que nada tuvo que ver el arte en ellos; estuvo en Roma, y se fijó desde hace muchos años en Barcelona donde ha trabajado mucho, pero casi exclusivamente para conatadas personas.

Si pretendiéramos ahora indagar los elementos influyentes en la dirección de sus ideas, en su estilo y en su concepto del arte, nos veríamos en una seria dificultad, pues no podríamos descubrir casi la menor huella que nos lo indicase.

Clapés conoció en Reus al profesor de dibujo y notable pintor de frescos Sr. Hernández, grande



Retrato de D. J. Bocabella

Iniciador de la erección del grandioso templo que el eminente arquitecto D. Antonio Gaudí levanta para gloria del Arte y adoración de la Sagrada Familia



Santa Isabel ofreciendo la corona de reina a un pobre  
(cuadro existente en el palacio real)



Santa Isabel amparando al inválido

Cuadro existente en el palacio Güell



Retrato de don Miguel Ibars

amigo de Fortuny; frecuentó su clase y tan aprovechado salió, que no tardó en regentarla y en cumplir muchos de los encargos confiados a su maestro. Solo a título de hipótesis podríamos aventurar aquí la creencia de que allí sintió Clapés despertarse su vocación, pues el ambiente que se respira en la rica ciudad, patria de tantos ilustres varones, parece como que despierta el sentido del color, según acreditan los muchos pintores que de allí han salido, siendo verdaderas notabilidades en dicho particular: Fortuny, Tapiró, Llovera, por ejemplo. Por otra parte abundan en Reus las moradas suntuosas, decoradas con magníficos frescos, y sobre todo, su cielo y su campo son los más propios para despertar el senti-

miento de las coloraciones espléndidas, tal como se traduce en las obras de sus artistas, poetas y oradores. Por algo se ha dicho que aquella comarca viene a ser como la Andalucía de Cataluña.

Pero si hay algún fundamento para creer en la influencia posible de Reus en la dirección del espíritu de Clapés, nos parece que debe considerarse como nula la que ejerciera en él nuestra Escuela de Bellas Artes. Discípulo de Lorenzale, y discípulo de la categoría de los predilectos, en nada recuerda al maestro, antes bien aparece como su contradicción viviente, ya que pocas antitesis son tan marcadas como las que existen entre el brio, la decisión y la originalidad de Clapés y la frialdad ultra-académica de aquel digno representante del tradicionalismo clásico, en su lamentable decadencia; por lo que hace ahora a sus estudios en Roma, tampoco se ve que fuera muy honda la im-

presión que dejaran en el joven artista las obras del Renacimiento italiano, por más que retuviera algo de lo más característico de Miguel y Rafael en punto a vigor y corrección de dibujo.

La primera obra que conocimos de Clapés ya daba perfecta idea de quién y como era su autor. Tratábase de un retrato del malogrado poeta Bartrina en los últimos días de su larga y sensible dolencia. Clapés no aduló al modelo; no hizo de él un enfermo sentimental; no retrocedió ante los mayores atrevimientos del realismo, pero en cambio le retrató el alma, si vale hablar así; aquel era el verdadero Bartrina, con su exuberancia de talento, con su sensibilidad casi morbosa, con la llama del genio

en la mirada, con la terrible huella del martirio heroicamente sufrido. Nadie hubiera creído ciertamente que se pudiera convertir en lo que llaman los ingleses *cosa de belleza* á aquel ser demacrado, fantásticamente desencajadas las facciones, con sobrenaturales fulgores en los ojos, reducido á la última expresión de la corporeidad, pero con un alma gigantesca. Clapés vió, sin embargo, en aquel pobre cuerpo, materia adecuadísima á una obra de arte y conservó para la posteridad la psicología de Bartrina, con sus complicaciones y delicadezas, vistas, por decirlo así, al descuido, en el trance de un máximo aguzamiento.

Y aquí es de hacer notar como pinta Clapés la mayoría de sus retratos. Es tan prodigiosa la fuerza de su percepción, tan excepcional su *retentiva*, como suele llamarse, que le basta haber visto á una persona para retratarla exactamente. De este don, verdaderamente extraordinario, tiene dadas pruebas memorables; así, habiendo pintado en una ocasión, de memoria, el retrato de un conocido tratante en granos de Lérida, produjo tanta impresión aquel alarde de habilidad, que multitud de leridanos vinieron á Barcelona con el solo objeto de conocer y saludar al autor de aquella peregrina obra, cuya realización les parecía imposible, pues la fidelidad de la reproducción era tanto más maravillosa, en cuanto la imagen

del original estaba únicamente impresa en la retina del pintor, sin fotografía alguna que consultar. Y de memoria, igualmente, está pintado aquel admirabilísimo y famoso retrato del *Alcalde de Vilasar*, que, para muchos, fué la mejor obra que figuró en la Exposición de Barcelona de 1896.

Por este dato puede apreciarse una de las condiciones que caracterizan á nuestro autor, y se explica como Clapés puede pintar con el desembarazo que lo hace, ya que no tiene que inmovilizarse en la nimia contemplación del modelo, como el que se vé obligado á escribir con pauta. Lo que tiene que pintar lo vé como reflejado sobre la tela desde den ro



Retrato de la señora viuda de don Pedro M. Calvet



El Peón

de sí mismo, y todo lo que no fuese obrar así, haría imposible su rápida y segurísima ejecución.

Este dominio absoluto de la memoria, que le conserva la exacta imagen de todo cuanto vé, ha determinado el empleo que de tan maravillosa facultad debía hacer el artista, á la manera que la función determina el órgano. Y al hacerlo así, no ha hecho más que obedecer á su intento; como otros son paisajistas, marinistas, costumbristas, etc., Clapés se sintió arrastrado por irresistible vocación á lo que, empleando un término galicista, pero expresivo, se podría llamar *la gran pintura*; mas no se entienda que á la manera de este ó del otro, á la manera de Delacroix ó de Burne Jones, de Puvis de Chavannes ó de Morelli, no; por la idea, por la ejecución, por el estilo, Clapés es él, independiente, personalísimo, con pensamiento y medios propios.

Hombre de clara y profunda intuición, parece como obsesionado por la tragedia humana, y se diría que ha tomado voluntariamente á su cargo el apostolado de la piedad. Su pincel hace veces de fulminadora sátira, de cruel azote, pero también de melancólica elegía; él arte, reducido á su estricto terreno, es harto estrecho para su ideal, y salva sus límites para elevarse al planteamiento de los más pavorosos problemas sociales. Para ello necesita de inmensos espacios, de incontables multitudes; se ahogaría en la estrechez de la intimidad, por dulce que fuese, y le es menester desplegar su fantasía *en grande*, con amplísimos horizontes, con ilimitadas perspectivas. Todos los moldes resultarían mezquinos para el desarrollo de sus concepciones; pinta á la manera que otros componen poemas.

Y poemas son las obras que pinta *por sí*, y carácter de poema dá á los asuntos á que debe sujetarse por encargo. Vé las cosas como ya indican sus ojos, sus grandes ojos, espejo de su alma grande. No se concibe á Clapés pintando cosas pequeñas.

Inolvidable es la impresión que entre las almas... no de cántaro, produjo la obra extraña, perturbadora, desconcertante, que figuró en la Exposición de 1896: *¡Misericordia, Señor!*

Ya por su forma se apartaba de todo lo demás, pues, destinada á la decoración del salón de un opulento cuanto ilustradísimo prócer de esta ciudad, presentaba en medio una escotadura, obligada por la disposición de su emplazamiento. *¡Qué escena!* Un paisaje horriblemente siniestro, iluminado por la violenta y lúgubre claridad de un ocaso tempestuoso. El cielo aparecía teñido de tintas amarillentas, verduzcas, cárdenas. A un lado del pedregoso camino, un Crucifijo tétrico, dominando aquel cielo desconsolador y aquella naturaleza inhospitalaria, y ante el Crucifijo una turba de miserables harapien-

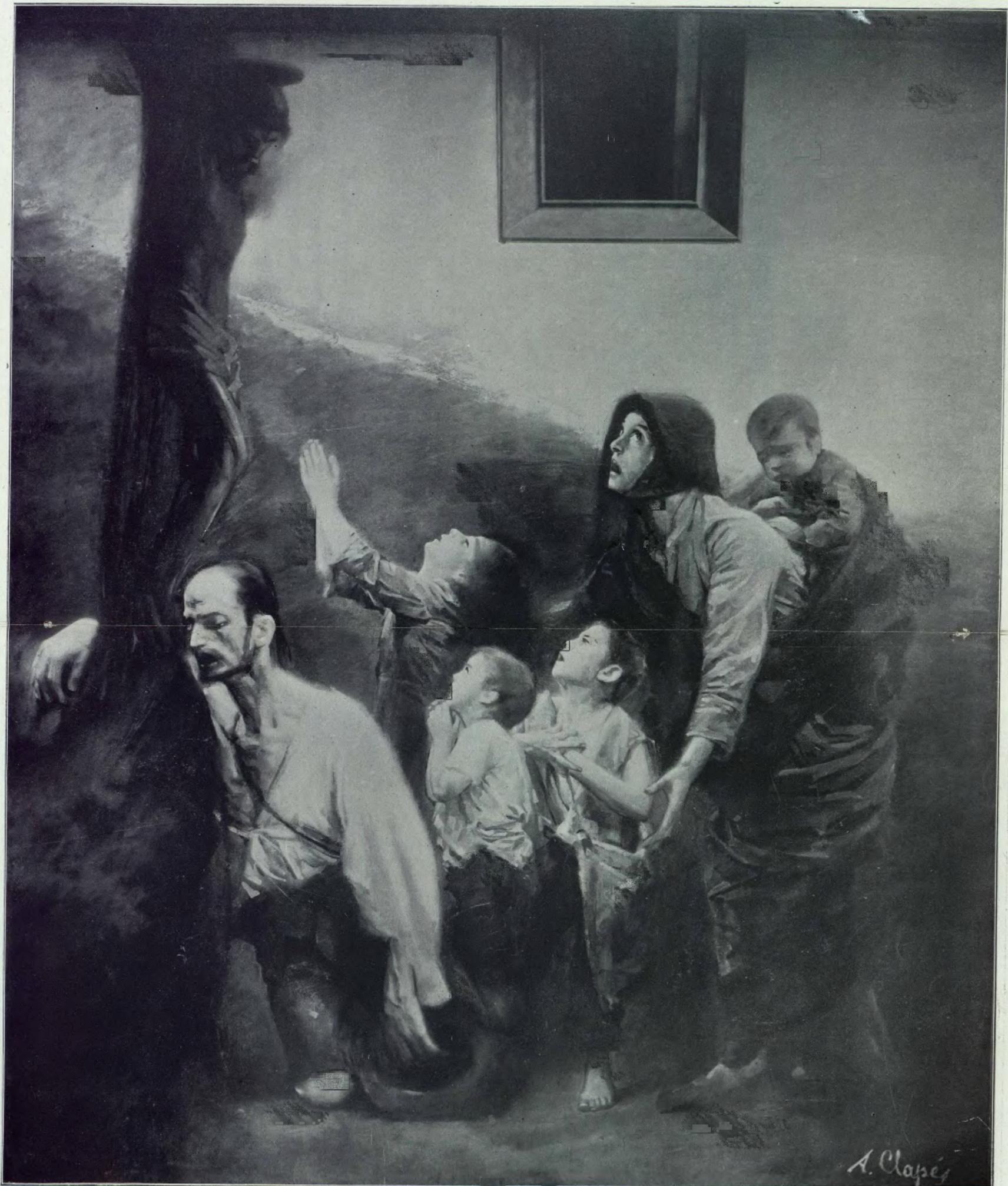
tos, famélicos, desesperados, lamentables; una familia de desheredados, locos de necesidad.

El hombre, especie de cadáver ambulante, había llegado hasta el pie del Crucifijo, al que se abrazaba, arrodillado, como para sostenerse en su desfallecimiento, y detrás de él, en pie, aullando más que orando, su mujer y su prole, misérrimos, frenéticos, demandando furiosamente al Crucificado la misericordia que les negaban la Naturaleza y los hombres. No es aquella escena de aflicción, sino de desolación tremenda, como la genial transcripción de abrumadora pesadilla. El pintor ha ido á buscar en su más extremo grado la desesperación humana, rayana en lo bestial, como un naufragio en tierra. Naufragos de la vida son, en efecto, aquellos desdichados, en cuyos rostros se hallan pintados los estragos de la inundación. Rechazados por el mundo, acuden á Jesucristo, pero no al de los suntuosos templos, sino al del desierto árido, al abandonado en su soledad, como abandonados se ven ellos.

El grabado que figura en estas páginas dá idea de la composición, de las expresiones, del dibujo, pero es preciso ver el original para formarse idea de como maneja Clapés los colores de su paleta. De nadie, como no sea del Greco en el *Entierro del Conde Orgaz*, conocemos igual maestría en la violencia de los tonos, formando como una estridente sinfonia que penetra hasta los tuétanos.

Realista, hasta la más refinada crudeza, por la verdad de los tipos y por la implacable fidelidad del trasunto, es sin embargo; *¡Misericordia, Señor!* obra del más puro espiritualismo en cuanto á la fidelidad, harto evidente para que necesite comentarios.

Otra obra famosa es *El Peon*, inspirada igualmente en la triste condición de los desheredados. Esta vez se trata de una figura sola, mas no por eso es menos grandiosa la escena. Difícil era luchar con el recuerdo de los eminentes pintores que han representado al trabajador en su vida de dolores y miserias: recuérdese el *Pescador* de Puvis de Chavannes, *El peon de carretera* (*le Gasseur de pierres*) de Courbet, etc. Clapés ha inmortalizado á su vez en ese *Peon*, no la epepeya, sino la inexplicable tiranía del trabajo. Convertido en un repugnante esqueleto, decrepito, exhausto de fuerzas, casi desnudo, horrible en su fealdad y su vejez, el peon tira de la pesada carreta, sin conseguir moverla, consumiendo en vano sus últimas energías para transportar la carga. Ha sonado la hora en que la bestia bipeda reciba el puntapié que se dá á los que ya no sirven; el viejo es ya inútil; á la calle y que tire otro del carretón. *¿Y donde irá el infeliz? ¿expirará allí mismo, en aquel inclemente sitio, donde todo amenaza y amedrenta, sin nada que consuele, sin un rayo de luz que alicente á la esperanza?*



¡MISERICORDIA, SEÑOR!!...

Cuadro existente en el palacio Güell



Traslación de los restos de Santa Eulalia desde Santa María del Mar á la Catedral  
Propiedad de Don Eusebio Güell



Traslación de los restos de Santa Eulalia desde Santa María del Mar á la Catedral  
Boceto propiedad de Don Eusebio Güell

*El Peon*, aparte de sus condiciones trascendentes, rivaliza con sus congéneres como materia artística. Hay que fijarse en la anatomía de la figura, profundamente estudiada en sus demacrados músculos, en sus articulaciones angulosas por la edad, en la innumerable cantidad de sus arrugas y repliegues, y así como en *Misericordia, Señor!* todo son tonos violentos, entrecrocamientos de cadmios, ocre y cromos, en *El Peon* domina la nota negra del Caravaggio, la sombría tonalidad del oscurecer siniestro, cuando todo vá sumiéndose en el espesor de las tinieblas.

Otro poema, doloroso en medio de su dulzura, es el de San José contemplando á Jesús dormido en la cuna. Rompiendo con el convencionalismo de representar el santo patriarca á la manera de los franceses, Clapés ha visto en el carpintero de Nazareth á un simple y buen artesano, á un hijo del trabajo. El esposo de María abre la puerta de su humilde vivienda y vé al Salvador del mundo acostado en tosca cuna. Irradía de su cuerpo vivísimo y sobrenatural resplandor, á cuya claridad aparece el dulce Niño teniendo amorosamente abrazada sobre su pecho una cruz. La abertura de la puerta deja ver el cielo azul cuajado de estrellas, y las verdes copas de los árboles. San José, vestido con holgada túnica gris, permanece atónito, contemplando con inefable dulzura al dormido infante.

Por fin se encuentra uno al ver esa obra ante un cuadro religioso sinceramente sentido y distintísimo de lo vulgar y corriente. La abstracción se ha hecho realidad y al tipo imaginario sucede el tipo humano, realzado por el elemento sobrenatural de la luz. En unos tiempos en que la pintura religiosa se halla en tan lamentable decadencia, viviendo de copias y de convencionalismos, produce consolador efecto ver surgir un talento que interpreta con fé y conocimiento las escenas de la vida de Jesús, conservando toda su melancólica poesía y embelleciéndolas con la gracia que se advierte en las *Sagradas Familias* de Murillo.

Al género religioso pertenece también el vasto lienzo en que está representada la *Traslación de los restos de Santa Eulalia desde Santa María del Mar á la Catedral*, en el siglo XIII.

Ningún tema mejor que ese podía convenir á las facultades de colorista que caracterizan á Clapés. La animación, la vida que hay allí es extraordinaria. Es un pueblo entero transportado por la fé al mayor grado de fervorosa exaltación. Los heraldos que preceden al cortejo anuncian con sus trompetas la abigarrada procesión, que se desenvuelve multicolor y alegre por la llanura; hombres y niños, vírgenes y eclesiásticos, caballeros y menestrales, siguen las banderas que ondean al viento, y sigue detrás el

pálio envuelto en nubes de incienso, solemne é imponente al cobijar las preciosas reliquias de la santa mártir. Aquella muchedumbre se agita, se mueve, canta los loores de la invicta barcelonesa, y, por vulgar que parezca la comparación, produce el efecto de un desfile en el cinematógrafo, pero con la enorme diferencia de las maravillas de color esparcidas aquí y allá, con las niveas manchas de los cendales de las niñas resaltando sobre la escarlata de las dalmáticas y las capas, con los oros de los ornamentos eclesiásticos y los vivísimos colores de los ropajes de los hombres, á la luz de un cielo puro que aviva con su claridad el brillante centelleo de las telas y las joyas.

Esta magnífica obra, pintada por encargo de una ilustre personalidad, basta por sí sola para dar idea del talento de composición de Clapés. Nada más usual que el tema de una procesión, pero no todos saben transformarlo, como sucede en *La Traslación de Santa Eulalia*, en glorioso himno de triunfo, en maravillosa escena de rebosante júbilo. A la pasividad que implica el acto por parte de los asistentes, sustituye la pintura de la psicología de una muchedumbre arrebatada por el entusiasmo religioso, y la sensación de arrogante majestad que produce la actividad de los trompeteros y los abanderados que rompen la marcha se prolonga á todo lo largo hasta llegar á su máxima intensidad en el grupo que cierra la procesión, como el *allegro* de grandiosa sinfonía.

Por lo que hemos dicho, ó á lo menos tal ha sido nuestra intención, se habrá podido apreciar la característica de Clapés como pintor *de ideas* y al par como excepcional colorista; pero sí en alguna obra puede formarse juicio completísimo acerca del autor, habrá de ser en la que está á punto de terminar ahora, y lleva el simple título de *Siglo XX*.

No conocemos mayor alarde de audacia en ningún pintor, y eso que ha habido un Wierk que parecía no deber tener quien le aventajara en atrevimientos. Lo que Clapés ha pintado en *Siglo XX* ha sido, pura y sencillamente, *un mar de sangre*.

La obra es *formidable*. Sobre un lienzo de más de seis metros de largo por cuatro de alto, ruedan tempestuosas las encrespadas olas de la sangre derramada entre hermanos, sangre roja y rutilante, que aterra. Sobre aquel mar cruento mécese una barca cubierta de riquísimos brocados y lujosos rasos, dentro de la cual van dos enamorados á quienes todo sonríe: la belleza, la fortuna, la felicidad.

Al otro lado la escena es diferente: he ahí el infortunio, el desvalimiento, la miseria. Un naufrago se tambalea, ya exánime, sobre el madero que le sirve de sostén y á punto de soltar los remos con que hiende el horrible mar por donde va avanzando. El contraste es cruel; allí la dicha egoísta, el amor, la



Responso (boceto)



Retrato de la señora de Clapés



El éxtasis de San Francisco

indiferencia insolente; aquí la infelicidad, el desamparo, el abandono.

Flotan sobre el mar de sangre destrozados cadáveres, cabezas segadas, restos informes, y en lo alto aparece la imagen de Jesús con la cruz a cuestas, y en torno suyo los mártires, que inmolaron sus existencias para la redención de la humanidad. Y sin embargo, en veinte siglos no se ha conseguido evitar que se formara ese *mar de sangre*, ese espantoso lago producido por la soberbia, la ambición, la rapacidad de los poderosos. La filosofía de esa obra es para descorazonar, ciertamente, mas por desgracia no puede ser más cierta.

*Siglo XX* representa sin duda el punto culminante de la obra de Clapés y viene a ser como el resumen de las anteriormente producidas; mas, aun bajo la impresión profundísima que determina en el espectador, es imposible dejar de sentirse poseído de admiración ante las maravillas de la pintura. La inmensa nota roja del cuadro, realizada por los blancos de la barca y los fulgores verdosos que serpentean por el horizonte. Y por lo que hace al dibujo reaparecen allí, en la figura del hombre — que es la variante del de *Misericordia, Señor!* y de *El Peon*, — aquellas líneas esculturales propias del autor que tan admirablemente sabe construir.

Este predominio de la facultad de apoderarse de la forma humana y presentarla como *de bulto*, puede explicar porque nuestro artista ha reducido su campo de observación al hombre, dejando de cultivar el paisaje y la marina como temas, y sólo en todo caso como fondos ó accesorios. El hombre, en las más trágicas situaciones de la vida ó en los más sublimes transportes de su alma, merece sus preferencias sobre todo, de tal manera que resulta eminentemente antropocéntrico.

De ahí el desembarazo con que se mueve en la pintura de retratos. Muchos y famosos son los que lleva hechos, debiendo agregarse á los ya citados de Bartrina y *el Alcalde de Vilasar* otros que, expuestos al público, han merecido los más calurosos elogios de la crítica. El retrato llamado *decorativo* adquiere, tratado por Clapés, una grandiosidad debida esencialmente al modelo, no á los accesorios. Seriale imposible absolutamente, como á otros, subordinar lo principal á lo secundario. El modelo lo ocupa todo: tapices, muebles, continajes, toda la balumba del decorado son nuevos auxiliares del efecto profundo que produce el personaje retratado.

Otras veces, como en *el Alcalde de Vilasar*, no hay en el retrato más que la figura sola, y no son esas efigies las menos valiosas del autor. Nada más sóbrio ni enérgico, en este concepto, que el retrato sobre fondo verde, de un joven sacerdote, como nada

más vaporoso que el retrato de una señora, en la nota gris y roja. En ambos la expresión, reconcentrada en los ojos, llega á producir un efecto verdaderamente fascinador.

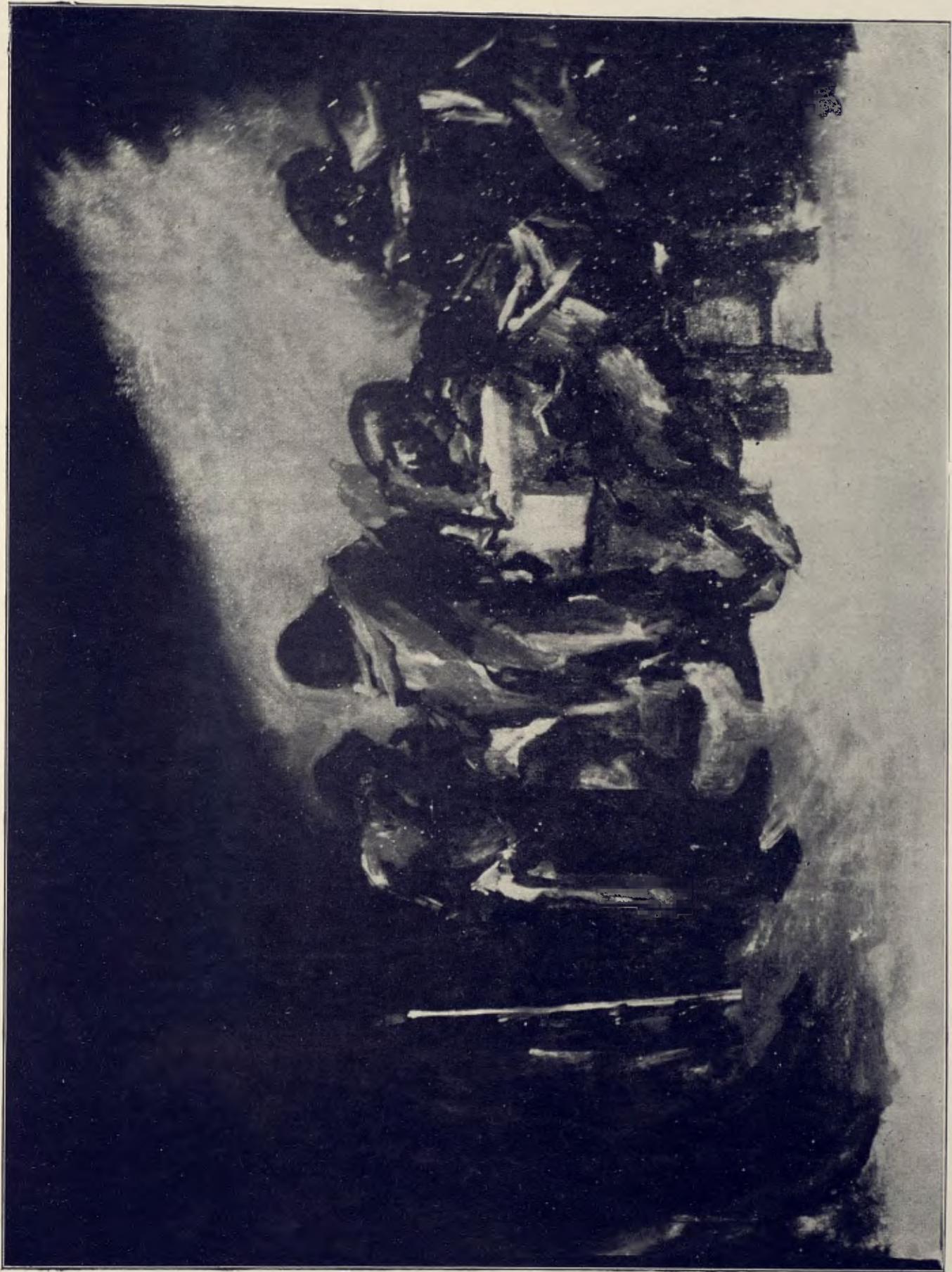
En alguna ocasión, la protesta trágica del artista adquiere la forma de sátira violentísima, á lo Hogarth ó á lo Daumier, y como muestra de esta clase de obras, — alguna de las cuales quizá se popularice algun día, — citaremos *El último cuadro de la Comedia*. La escena representa un sombrío y ruinoso cementerio. El sepulturero acaba de enterrar á un difunto; la comitiva se retira por el fondo, bulliciosa é insensible á la tristeza del acto, y un borrico, en primer término, se permite comerse las coronas que la vanidad ha depositado sobre la tumba. Es lo que pasa.

Artista de alto vuelo, necesitado siempre de amplias y holgadas superficies en que dar rienda suelta á su fantasía poderosa, Clapés sobresale como pocos en los cuadros á imitación de tapices. Aquellas figuras colosales, aquellas agrupaciones de personajes, aquellas vastas arquitecturas, le hacen hallarse en su elemento, y es de ver la magistral justeza con que aparecen atenuadas las tintas y la armonía que producen las líneas, aparte de la profunda ciencia de la composición.

Por lo dicho no es menester ponderar la resolución sorprendente, la seguridad y rapidez de la ejecución, la fuerza de intuición y la extraordinaria riqueza de color que caracterizan al maestro Clapés; lo que si conviene añadir ahora es que se engañaría quien se figurara que su pincelada es ruda ó espesa; nada más fino, al contrario, cuando lo requiere el caso, como sucede en algunos retratos; pero, lo mismo en estos que en las grandes composiciones, si el color es rico, brillantísimo, está puesto, sin embargo, en su estricta cantidad, sin emplazamientos ni relieves. Se adivina una mano tan sabia como ligera, un conocimiento profundo y hábil de la pintura y la razón imponiéndose y guiando siempre la sensibilidad y la fuerza.

En manera alguna pretendemos, dicho sea para terminar, que se tenga por definitivo, aunque sí por exacto, nuestro juicio. Trátase de un autor que no tiene semejante ni en el arte catalán, ni en el arte del resto de la península; de un artista personalísimo, ageno á las corrientes del *snobismo*, de un hombre todo sinceridad, dotado de poderosísima inteligencia, tan poderosa que ella sola le basta para realizar lo que concibe. Clapés no tiene filiación; no es clásico, ni romántico, ni impresionista, ni simbolista, ni realista, etc., etc. Es, sí, un idealista, pero que vé las cosas como son, y se vale de lo que retiene en su retina para expresar los altos pensamientos que anidan en su mente.

Alfredo OPISSO



El Prisionero Escena de la guerra civil en el Uruguay (Dibujo al carbon)

# AZULEJOS

## CARTON PIEDRA

Patente de invención en España y el Extranjero

Nuevo elemento para la decoración de chimeneas, frisos, artesanos, muebles & c.

Víase el Catálogo

No se rompen, son ligeros, impermeables, y baratos.



Hermenegildo Miralles  
59 Bailén. Barcelona

Clasó  
93